

La participación de la comunidad educativa en la escuela

Por Alfredo CASADO TARANCON
Director de «Comunidad Educativa»

Toda la comunidad educativa debe participar en la función educadora del centro escolar. Ha de ser la urgencia y necesidad del acto educativo en profundidad el que haga brotar como vengero permanente la participación. Debe ser la problemática educadora por la que atraviesan nuestros centros la que exija la creación de la comunidad educativa, si aún no está constituida de hecho y de derecho.

1. RAZONES DE TIPO SOCIOLOGICO PARA LA PARTICIPACION ESCOLAR EN LA ACTUALIDAD

Cada sociedad intenta crear una institución educativa a imagen y semejanza de sus necesidades. Las diferentes encrucijadas, por las que atravesamos en las distintas coyunturas históricas, requieren un modelo de escuela acorde con la problemática de la situación vivida en ese preciso momento.

Las exigencias actuales de una sociedad con tendencia hacia la participación, cada vez con más intensidad, requieren como consecuencia una escuela en la cual los procedimientos participativos sean algo habitual en su estructuración.

Nuestra época anda buscando con afán los centros educativos que necesita en su momento presente y trata de introducir en ellos los procedimientos de colaboración vigentes en el sistema social contemporáneo. De la misma manera, los pensadores y políticos de hoy intentan proyectar para un futuro próximo un modelo de sociedad participativa y democrática y sueñan con una escuela, en consonancia con aquel modelo utópico, que han elaborado en sus mentes.

Es innegable hoy una proyección continua de las estructuras sociales sobre el tipo de educación requerido. La institución escolar ha de conseguir, por consiguiente, centros educativos de amplios ventanales abiertos, para avizorar y ser sensible a cuanto acontece en el mundo social del entorno.

A su vez, debe haber de la misma manera una permeabilidad profunda de

A. CASADO TARANCON

la escuela hacia la sociedad; (1) hasta encontrarnos en ésta como uso habitual, los procedimientos inculcados y experimentados en los años de la escolarización.

No acaban aquí todas las razones de nuestra argumentación. La sociedad, en su desarrollo histórico-evolutivo actual, ha ampliado su fuerte influencia sobre el niño y el adolescente con una escuela añadida de los medios de comunicación social. Nuestro mundo ha orlado el efecto educador de los centros escolares con el poderoso influjo mentalizador de los «mass-media».

Las facilidades tecnológicas puestas al servicio de la rapidez informativa, por la actual tecnología, han ido borrando los límites espacio-temporales que la constreñían. El individuo se halla hoy sometido al bombardeo simultáneo y continuo de una inmensa cantidad de información, proveniente de todas las latitudes del planeta y nada fácil de digerir.

Con verdad podemos afirmar, para bien o para mal, que el alumno se halla indefenso, en cuanto se sale de la escuela. El niño vive azotado por un verdadero vendaval informativo; está inmerso, desde muy pequeño, en la propaganda manipuladora circundante. La superabundancia informativa ahoga al adolescente, lo fascina con su espectacularidad y lo somete a la selectividad temática que impone la propaganda, cuando a él se dirige.

Podemos asegurar sin género de dudas que el niño encuentra siempre a su alrededor, como si de una segunda atmósfera se tratara, una **escuela informativa y de propaganda**, organizada por los medios de comunicación social, e introducida en la misma **escuela de la vida**. Este sistema informativo está, en múltiples ocasiones, en disonancia con los aprendizajes recibidos en la institución educativa.

Se ha formado de este modo una **escuela paralela circundante**, que no se puede eludir, en donde el alumno se halla inmerso por necesidad, y en competencia con el centro educativo, en muchas ocasiones.

Todo centro escolar actualizado debe dar razón, interpretar y preparar para su control la influencia y manipulación de los medios de comunicación social. Es un influjo al que se tiene derecho, que no se puede evitar y para el que hay necesidad de formarse, si deseamos conseguir guiarnos por los dictados de los criterios personales. De otra manera la propaganda se ganará la débil voluntad del niño y encauzará cuantas opciones haya de tomar para el futuro.

2. FACTORES SOCIALES QUE IMPELEN A LA ESCUELA HACIA LA PARTICIPACION

Existen en nuestra sociedad numerosos aspectos que de un modo u otro, impulsan inexorablemente hacia la participación escolar. La diversidad de roles a desempeñar por los distintos estamentos de la comunidad educativa y sus exigencias específicas repercuten persistentemente sobre las estructuras escolares, hasta introducir en ellas un nuevo estilo más participativo. Formas educativas relativamente recientes se están relegando rápidamente al pasado, al no presentar una estructura de colaboración participadora.

(1) «La participación en la sociedad y en la enseñanza.» Boletín de la FERE, número 204, 1978.

LA PARTICIPACION EN LA ESCUELA

Sin pretender entrar en el análisis detallado de los principales factores sociales, que impulsan a la participación dentro del recinto escolar (2), queremos resaltar, entre otros muchos, los siguientes:

1. El proceso de aceleración continua que vive nuestra sociedad y obliga a la escuela, en consecuencia, a un cambio y renovación frecuentes.
2. La conciencia clara de vivir una crisis permanente, experimentada en el mundo de hoy, con la inseguridad que ello acarrea a la tarea educadora.
3. Los aspectos democratizadores y socializadores vigentes en la actualidad y transferidos por resonancia al sistema educativo.
4. El pluralismo ideológico existente en casi todas las facetas de la vida, que ha planteado a la escuela la urgencia de inquirir con radicalidad su propia identidad específica como institución.
5. La mejora del nivel de vida con sus implicaciones socio-económicas, la consiguiente eclosión de la demografía estudiantil y la prolongación por más años del periodo de escolarización. De esta manera se multiplican por necesidad los elementos integradores de la institución educativa.
6. El proceso de tecnificación continuado que ha introducido en el aula multitud de procedimientos diferentes y nuevas tecnologías, no siempre dominadas por todos con exactitud, lo que obliga a una colaboración y necesaria adaptación.
7. La especialización profesional del profesorado forzadora de frecuentes coordinaciones entre los educadores de un mismo centro. A su vez cada maestro se ve limitado a un campo reducido de posibilidades educativas, impelido al trabajo en equipo y en la necesidad de participar para lograr una educación integral.
8. Las tendencias descentralizadoras y autonomistas que flotan en el ambiente y tienden a cambiar las formas escolares tradicionales por otras menos autoritarias y más participativas.
9. El fuerte impulso dado a la creatividad e iniciativas personales requiere la cooperación de todos, a la hora de conjuntar actitudes y tendencias diversas. A su vez y por otra parte, la fuerza creadora contribuye a derrumbar las posturas más tradicionales, sustituyéndolas por otras alternativas de gran originalidad.
10. La desestabilización de los valores, hasta ahora definidos y tenidos como permanentes, dejando a los educadores sin saber a qué atenerse y colocando a la juventud a la intemperie de la desvalorización de cuantos ideales supongan seguridad y certeza para el porvenir. El alumno queda al páiro de cualquier ilusión y a merced del más craso indiferentismo y «pasotismo». La institución educativa precisa de la reflexión en común, tras la búsqueda de nuevos valores, con los que sustituir los desechados; la integración en grupos de trabajo es el primer

(2) «Participación en el centro.» Comunidad educativa, núm. 80, 1978.

A. CASADO TARANCON

paso a dar, para compensar tamaña indefensión, ante el desprecio de nuestro mundo por una jerarquía de valores perennes, eje de toda educación.

11. La potenciación por nuestra sociedad del consumismo y del materialismo, conducentes a la aparición de un fuerte egoísmo individual y social. La escuela ha de buscar paliativos ante actitudes tan disgregadoras, con la introducción de prácticas participativas, educando en ellas al escolar desde sus primeros años y recabando el apoyo colaborador de los padres.
12. La desacralización reinante lleva a raer de la vida del hombre cuanto signifique valores espirituales y religiosos de la persona. El centro educativo tropieza con esta actitud y va a encontrar una enorme dificultad para la educación integral y la autorrealización de sus alumnos, al constatar la falta de apoyo exterior de unos horizontes morales y religiosos admitidos por la mayoría a nivel ambiental.

Cabe señalar que algunos de estos factores motivadores de las actitudes participativas flotantes en la sociedad actual, exigen la participación por vía compensatoria; por esta razón, se hace cada vez más difícil y necesario educar en integridad, aprovechando las aportaciones de todos.

3. RAZONES DE INDOLE EDUCATIVA PARA LA PARTICIPACION

Paralelamente a las estimulaciones de carácter social para fomentar un estilo participativo en el recinto escolar, existen otros argumentos más específicamente educativos, para convertir en posibilidad real el progreso por esta misma dirección. La suma de todos estos razonamientos han de llevarnos a la convicción de **la obligatoriedad ya, de la participación de cuantos estamentos componen la comunidad educativa de un centro escolar.** No se trata de urgir un deseo o un buen procedimiento, sino de llevar a la práctica, de hecho, una metodología imprescindible para la reestructuración, a fondo, de los nuevos centros educativos.

Apuntemos, desde nuestra perspectiva educadora, algunas de las más importantes razones que abundan para mentalizar en el deber participativo, para la escuela:

3.1. Razón de ser del centro educativo

La misma índole de la acción educadora exige reconocer como prioritario a cualquier otro, el derecho del niño a la educación. (Art. 27, 1 de la Constitución española.) A partir de este derecho se debe considerar al alumno como **la razón fundamental de ser del centro educativo** y como el sujeto protagonista de toda la labor a realizar en la institución escolar (3).

Los padres de familia, en tanto en cuanto el niño no sea capaz de ello, por su corta edad, son los inmediatos y efectivos depositarios del derecho a la educación de su hijo y, por su condición de progenitores, tienen la responsabilidad de llevarlo a la práctica como un deber.

(3) Estatuto de Centros Escolares, artículo 3.º, 1 y 3.

LA PARTICIPACION EN LA ESCUELA

El centro escolar cifra su principal razón de ser en su condición de prestarlo de un servicio educativo a los alumnos asistentes a él, por el hecho de haberlo elegido los padres, en nombre de su propio hijo, como idóneo para su educación.

En el colegio deben, por consiguiente, converger los intereses de padres, alumnos y profesores; aquellos no cumplen con el cometido de educar a su descendencia delegando simple y plenamente su obligación al respecto en el profesorado de un centro. Nunca puede ser justificante, para inhibirse de cualquier otra responsabilidad de los padres, la elección de un centro escolar como adecuado para educar a sus hijos.

La participación de los padres en la tarea educativa del centro, no es algo añadido a la labor de los profesores, sino un deber primigenio a éste, intransferible en muchos aspectos e inalienable; los padres no pueden por ninguna razón, abdicar de este deber. Incluso aun en las facetas delegables a la institución escolar, sigue incumbiéndoles a los padres la responsabilidad de supervisar, colaborar e integrarse en la problemática educadora del centro que han elegido (4).

3.2. Concepto de educación como ampliación del de enseñanza

Hoy es evidente la necesidad de cambiar la escuela tradicional, centrada en la enseñanza de unos aprendizajes, por centros educativos, cuyos objetivos fundamentales buscan la formación integral de la persona.

De la transmisión de conocimientos informativos, como finalidad básica de la escuela tradicional, tratamos de ir pasando hacia un sistema educador, cuyos fines principales giran en torno a la autorrealización del alumno como persona. En más estima que los aprendizajes memorísticos deben ser tenidos el cultivo de las capacidades mentales, afectivas, psicomotóricas y volitivas y el desarrollo de automatismos y destrezas del educando.

Entre las muchas condiciones exigibles al alumnado, salido de los actuales centros escolares, se pide, como exigencia imprescindible, el estímulo de la creatividad, la educación para un sentido crítico lo más objetivo posible, la posibilidad de convivir con los demás en un mundo plural, la actitud de colaboración y de respeto mutuo, el comportamiento democrático y socializador, la flexibilidad del cambio, la capacidad de innovación y de adaptación, la urgencia por participar para construir un mundo mejor y más justo, etc.

Sólo si el centro educativo emplea unos procedimientos participativos idóneos en su tarea de educar, es posible obtener estos resultados exigidos a la escuela, por nuestro mundo contemporáneo.

A participar se aprende participando y para poseer un talante participativo para el día de mañana, es preciso irse habituando a él desde el «ahora» de los centros educativos.

Educar abarca horizontes mucho más amplios que la simple enseñanza informativa; con ser ésta importante, a las vertientes educadoras no se accede

(4) BARRENA, J.: «La libertad de enseñanza.» Cuadernos BAC, 1978.

A. CASADO TARANCON

si no es mediante la integración armoniosa de los múltiples elementos (picos, laderas y vaguadas) que constituyen su paisaje (5).

3.3. Nuevo enfoque dado a los contenidos de conocimientos: la calidad en lugar de la cantidad

Incluso desde una óptica de pura transmisión de conocimientos el centro escolar de nuestros días, se encuentra con transformaciones interiores importantes a nivel informativo y de aprendizaje, que le fuerzan a la participación. Nos estamos refiriendo al problema del incremento masivo de la cantidad de información a comunicar al alumnado, dados los avances continuados y progresivos de la ciencia moderna.

La cuantificación excesiva de conocimiento de hoy día, colocan al maestro y al discípulo en la imposibilidad de poder abarcarlo todo; como corolario, se deduce la obligatoriedad de tener que **buscar criterios de selección**, para destacar unas áreas sobre otras y valorar unos aspectos, dentro de la misma materia, como prioritarios en relación con otros. Si queremos atravesar el bosque de la masificación científica, sin perdernos en la espesura del follaje de sus árboles, hemos de proceder a caminar al arrimo de las sendas trilladas previamente por otros caminantes o dejarnos guiar por el derrotero que nos marca el rumbo, desde el norte señalado por nuestra brújula. Intentar hacer trocha siempre en la maleza, es exponerse a agotarse antes de llegar a buen término. Requisito imprescindible de la escuela de hoy es hacer la selección de contenidos.

Para realizar una óptima selección de contenidos hace falta una concordancia previa de fines educativos y de pautas de prioridad por las que orientarse. Difícilmente se encontrarán éstos sin colaboración participativa, sin comparar los distintos puntos de vista entre quienes tienen la misión de sacar adelante la tarea de comunicar los mejores aprendizajes y contenidos.

3.4. La educación precisa por igual de especialistas y de generalistas

La ciencia de nuestra época está tomando un enfoque bastante diferente al de lustros pasados, no excesivamente lejanos. Hace algunas décadas tan solo, la ciencia se colocaba en una perspectiva «cuasi divina»; poseía el rango de la seguridad y su rasgo característico era el de la «verdad científica»; todo descubrimiento de la ciencia era equivalente a un eslabón más en la cadena del progreso indefinido; cada nuevo avance venía a cubrir el hueco de una esperanza humana (6).

Todo progreso acelerado de la ciencia, se pensaba, había de traer indefectiblemente la solución a casi toda la problemática planteada por el hombre, que puebla este mundo. Pero..., hoy la Humanidad, y en particular el científico, ven las cosas desde una óptica mucho más humilde. La ciencia ha terminado por reconocer sus limitaciones; sabe que no posee una respuesta definitiva, ni siquiera es capaz de resolver alguno de los grandes interrogantes de la vida, que cuestionan la existencia del hombre en esta tierra, ya desde su adolescencia. Por esto el científico de verdad, trata de ceñirse, con más fidelidad que an-

(5) «Reflexión sobre la escuela democrática.» Comunidad educativa, número 81, 1979.

(6) LANGFORD, G.: «Filosofía y educación,» PCSA, Méjico, 1976.

taño, a su campo específico de investigación y a sus peculiares métodos de trabajo.

Cada disciplina científica ha de reconocer sus fronteras y admitir sus saberes para un reducido número de contenidos (el abanico peculiar de su materia específica). Toda investigación científica emplea una metodología particular, para ir analizando su campo propio de trabajo y lograr una visión lo más objetiva posible de la realidad, desde su óptica concreta. Salirse del propio terreno, mediante excursiones extrapoladoras, es exponerse peligrosamente a opiniones en extremo discutibles y a concebir sistemas acientíficos. Con razón llegó a expresarse Rof Carballo cuando dijo: «**Todo especialista es ciego para lo que no es su especialidad.**»

Para que nuestra educación actual pueda atenerse a las características propias de cada ciencia necesita, sin género de dudas, de **especialistas** en los distintos ramos del saber y requiere por igual conjugar congruentemente las peculiaridades de los pensamientos divergentes que van apareciendo. Mas por otra parte, a la hora de impartir una educación integral, no son menos imprescindibles los **generalistas**, cuya función consiste en mantener el equilibrio entre todas las materias del aprendizaje y buscar la coordinación de sus profesores especialistas respectivos.

Desde la misión de cooperación de **generalistas y especialistas**, cada cual en su terreno, hace falta conseguir una colaboración sincera y armónica, para obtener una información científica integradora de todas y cada una de las materias a estudiar por el alumno. En nuestros centros educativos el discípulo precisa irse acercando paulatinamente a la pluralidad diferenciadora, desde homogeneidades mínimas de partida y de enfoques unificadores; siempre dejándole en franquía para que pueda tomar opciones distintas, cuando su maduración correspondiente las haga posibles (7).

3.5. Necesidad de la ciencia integrada y de la interdisciplinariedad

La ciencia de nuestros días precisa sin dilaciones de enfoques científicos globalizadores. Las «**ciencias de encrucijada**» dan una **visión de los conocimientos a modo de síntesis e integración de las distintas facetas del saber**. Al analizar una misma realidad, los científicos, ya no pueden limitarse por sí solos a la exploración de su campo real de estudio, como única tarea de su trabajo investigador. La ciencia es algo más que la paciente experimentación; supone la formulación de unas leyes, su sistematización y estructuración desde unos principios más amplios y llega incluso a incorporar las técnicas y métodos a emplear, las necesidades prioritarias de estudio, los propósitos del investigador, etc. El científico termina por cuestionarse: ¿Por qué hago tal investigación? En virtud de qué se ha de realizar de esta manera? ¿Qué se pretende con la actual búsqueda en particular? ¿Hacia dónde apuntan estos descubrimientos?

Poco a poco se va cayendo en la cuenta de que la pura teoría aséptica no existe, ni tampoco el cientificismo totalmente independiente. La ciencia acaba por impregnar sus descubrimientos con la idiosincrasia personal de sus investigadores, para perder su aureola de total imparcialidad a cambio de una mayor humanización; en sus dominios se van filtrando otros saberes y se va redu-

(7) «Fronteras de la educación.» Coloquios de El Escorial, ACHNA, 1976.

A. CASADO TARANCON

ciendo la abstracción, hasta constituirse en ciencia del hombre, con toda su problemática e intranquilidad vitales.

Donde aparece un pensamiento innovador, allí surgen saberes teñidos de vertientes humanas que limitan y delimitan su línea investigadora. Creemos que **no existe ciencia totalmente independiente, sin investigador implicado en ella. De igual manera la transmisión de conocimientos, sólo puede realizarse adecuadamente si el mensaje y el propio emisor dejan su huella en lo transmitido.** Para conocer con plenitud la veracidad y fiabilidad de un mensaje necesitamos conocer, entre otros factores, la implicación que sufren en su transmisión los condicionamientos debidos al medio por el que se emite el mensaje y a su transmisor; factores detectados por el receptor mediante la oscilación en la captación del mensaje emitido.

El pensamiento innovador, capaz de creatividad, proviene en general de la frontera de los conocimientos integrados. Difícilmente se pueden mantener unas disciplinas con total independencia de las otras, como disecciones de contenidos dispares, si en resumidas cuentas a la postre, han de formar parte de la misma cultura humana, como engranaje perfectamente imbricados y encajados los unos en los otros. Las distintas ciencias acaban por ser diferentes enfoques de un mismo objeto común; el análisis de una misma realidad desde parcelas distintas; en último término, el mundo circundante en la vida del hombre que hace ciencia.

No resulta nada fácil separar el saber científico del técnico, el conocer filosófico del matemático, la enseñanza de unos conocimientos de su adecuada pedagogía y didáctica, el análisis histórico del estudio psicológico, etc. Hasta los aspectos aparentemente más ajenos al saber científico, como los artísticos, políticos, religiosos, económicos, sociales..., acaban por inmiscuirse en el gran cúmulo de matizaciones a que se ve obligado el análisis del investigador. Recientemente un científico ruso fue expulsado del partido comunista y rechazado por su comportamiento «visceral» e impropio de un científico, cuando se atrevió a decir, en contra de las teorías defendidas por el partido en el poder: **«La ciencia, el arte y la religión son distintas longitudes de onda, con las que acercarse a una misma realidad. Ninguna de ellas abarca la verdad completa por sí misma; pero entre todas se complementan mutuamente, en busca de la verdad total que el hombre ansía desde siempre como única certeza.»**

La ciencia ha terminado por incluir dentro de su campo específico la metodología a emplear, la peculiar cosmovisión del investigador y su talante ideológico. Ninguna especialidad puede arrogarse el atributo de la no contaminación, de mantenerse en un firmamento de absoluta teoriedad y sin la polución de las condiciones de trabajo del experimentador.

Todo estudio prospectivo adquiere la envoltura de la interdisciplinariedad globalizadora. La visión completa de los hechos intenta dilucidar, aprehender y sintetizar los fenómenos que otras disciplinas con anterioridad han abordado, analizado, cuantificado y teorizado.

De las ciencias puras e independientes estamos pasando, sin solución de continuidad, a la interdisciplinariedad entre materias distintas y a la ciencia integrada. Como saber de conjunto, las ciencias recogen los distintos enfoques, con que abordar el campo de estudio de la moderna investigación, como las legítimas maneras de analizar una misma realidad (8).

(8) NUFFIELD: «Ciencia Combinada.» Nuevo manual de la UNESCO, 1979.

LA PARTICIPACION EN LA ESCUELA

De manera semejante a lo que ocurre en el campo científico y más acentuado si ello fuera posible, en el mundo de la educación se necesita conocer el margen de validez que dejan los condicionamientos humanos, al menos en cuanto se pueda ser consciente de ello. Los distintos enfoques del aprendizaje se hacen congruentes para el alumno, al irse compenetrando los unos con los otros, convergiendo en busca de la síntesis del saber (9).

A nivel educativo, la interrelación entre los distintos aprendizajes debe ser tomada como elemento de integración entre los puntos de vista plurales, que el estudiante va recibiendo. **Transmitir conocimientos parciales con total independencia, como si fueran compartimentos estancos, sin tener presente la correlación respecto al conjunto global, es impartir verdades a medias, que dificultarán la autorrealización del escolar.** Cada enseñanza rebasa su propio contenido y hace referencia a las fronteras comunes con los otros saberes y a las respuestas profundas que el alumno se cuestiona; también aquí, como en biología, se cumple la afirmación de que la función sobrepasa al órgano.

Establecer la complementariedad urgente entre unos y otros conocimientos a impartir al discípulo es una necesidad insoslayable en el «aquí y ahora» de la escuela. Todo centro educativo debe programar desde visiones comunes de interdisciplinariedad, a partir de objetivos que estimulen la integración de los distintos saberes científicos.

Para desarrollar la educación equilibrada y armónica del educando es vitalmente necesario coordinar las diferentes enseñanzas y aprendizaje a comunicarle; de otra manera, el niño sería víctima de un proceso dispersor y deshumanizador. Es precisamente la niñez la época en que más se necesita de coordinación, puesto que en este período de la vida se realiza el desarrollo de la personalidad incipiente del escolar y se sienten las estructuras de su yo definitivo.

Las limitaciones detectadas por la ciencia, respecto a la imposibilidad de mantenerse independiente e imparcial de todo otro conocimiento, no estrictamente aséptico y racional, han traspasado sus fronteras y llegado al colegio en donde se educa el alumno. Para la completa aprehensión de la realidad y la formación integral del estudiante, resultan hoy insuficientes a todas luces, la transmisión de unos conocimientos científicos y racionales; por lo que son igualmente imprescindibles además, otros muchos saberes concomitantes.

Las exigencias educativas requieren completar los aprendizajes racionales (que por supuesto siguen siendo necesarios), con la cosmovisión lograda a través de una ideología; independientemente de cuál sea el signo definitorio de ésta. Sin ofrecer unos ejes de referencia en los que apoyarse, unos valores religiosos que fundamenten la persona (la negación de los valores religiosos, no pasa de ser una opción más, aunque negativa, de la dimensión trascendente de la persona) y unos criterios de valoración para lograr la mayor objetividad posible, difícilmente conseguirá el adolescente elaborar su identidad personal desde donde interpretar el mundo y la vida social de los adultos.

En toda labor de interdisciplinariedad complementadora de aprendizajes, que rebasan la nuda ciencia, es imprescindible y evidente tomar unos puntos de partida comunes, tanto para quienes intervienen en la función de educar, como

(9) GUTIERREZ, R.: «La ciencia integrada en el programa escolar.» Narcea, 1977.

A. CASADO TARANCON

para quienes están realizando la misión de educarse. La participación de todos en una misma tarea es una necesidad evidente.

3.6. **La participación del escolar acrecienta el proceso de su maduración como persona**

Las nuevas corrientes psicológicas y pedagógicas nos orientan también, por su parte, por derroteros participativos. Si de verdad deseamos lograr una mejor y más completa maduración del adolescente debemos emplear procedimientos en los cuales la participación del educando sea un hecho.

Para conseguir la evolución responsable del estudiante debemos implicarle directamente en el mismo proceso de su educación, con sus intereses, voluntad, imaginación, actividades, inteligencia...; en una palabra, toda su persona ha de estar comprometida en la importante tarea de su formación individual y social, con la responsabilidad asequible a cada una de las etapas evolutivas por las que atraviesa su persona durante el período de escolaridad.

El avance sin pausa del discente no puede llevarse a cabo con plenitud y de un modo eficaz, mientras éste no se transforme en el principal protagonista de su hacer escolar. El quicio de todo centro educativo es el niño y a su rol específico (de persona en formación) le corresponde constituirse en el artífice fundamental de su realización individual. El escolar, como ser humano activo, debe ir asumiendo progresivamente cuanta responsabilidad le quepa en suerte, al permitírsele su propio crecimiento evolutivo.

Si al alumno no se le coloca como eje ecuatorial y base de partida de su educación personalizada, difícilmente puede comprenderse la manera de conseguir, con un mínimo de optimismo, su autorrealización personal. No podemos concebir una escuela actualizada en nuestros días, si trata de seguir derroteros diferentes de los participativos. Podemos afirmar que desde la línea participativa, como meridiano cero, nos es posible señalar las longitudes de referencia con las que medir la maduración a conseguir en un colegio dado.

Los demás participantes de la comunidad educativa son cooperadores, todo lo importante que se quiera, pero subordinados al papel de piedra angular que le corresponde al educando en el centro educativo. La función de los educadores se extiende a la colaboración, ayuda, motivación, enseñanza, estímulo, fijación de objetivos, labor de apoyo, dirección, función orientadora, etc.; siempre pendientes del sujeto clave de la tarea educadora: el alumno.

De entre las distintas etimologías que se atribuyen al vocablo «educar», nosotros tenemos predilección por el verbo latino «**educare**» en el sentido de «sacar de sí mismo». Esto equivale a tomar, como punto de partida, a la persona sujeto mismo de la educación. Educar será ayudarle a extraer de su misma iniciativa personales y creatividad, significa potenciar sus capacidades, destrezas y automatismos, supone sistematizar el cultivo de habilidades y actitudes positivas, requiere el fomento del sentido crítico y la capacidad de tomar decisiones en la vida, estimula a convivir pacíficamente aprendiendo a respetar los puntos de vista de los demás, adoptando un comportamiento de cooperación y abierto a la socialización... Exactamente estamos coincidiendo con la mayor parte de aspectos morales, que hemos visto constituyen para nosotros el concepto de **educación actualizada**.

LA PARTICIPACION EN LA ESCUELA

Educar a un adolescente supone contar con su aquiescencia deliberada e irle habituando a ponerse en situación de tomar opciones libres por sí mismo. Para ser capaz de participar activamente el niño precisa arrancar desde su propia identidad, como principio creador de su evolución progresiva.

Entre otros objetivos, la educación tiene por misión ir preparando al alumno para poder enfrentarse un día con las múltiples alternativas, con frecuencia contradictorias, a que la sociedad le somete. Estar educado significa saber elegir entre opciones dispares, tras la adecuada confrontación de unas con otras, analizando, a la luz de la intransferible identidad, las posibilidades de cada una.

La persona madura es la que sabe tomar una decisión con claridad y lucidez por la opción más acorde con la personal cosmovisión de la propia vida, según el recto y leal sentir de cada uno.

Opinamos que mediante los procedimientos participativos se pueden favorecer en toda su amplitud el crecimiento paulatino y continuado de la maduración del escolar. Otros procedimientos más impositivos llevarían a una domesticación o crianza del individuo.

La gran diferencia entre **educación**, por un lado, y **crianza**, por otro, que veremos verla, en que aquella exige como «conditio sine qua non» la participación libre y responsable del educando; ésta en cambio, se limita a doblegarse pacientemente a los procedimientos de domesticación indirecta.

Un hombre (profesor) puede educar a un niño, si éste se apresta a ello, mediante su colaboración activa y voluntaria. Todo discente es a la vez sujeto agente y paciente de su formación; una vez transformado en adulto, el educando tiene en sí mismo la capacidad de reiterar, con una tercera persona en proceso educativo, la misma tarea que con él se realizó, en condiciones semejantes. No sucede lo mismo en el proceso de domesticación; si un hombre cría y domestica a un perro en una serie de destrezas y habilidades, este animal no puede transferir los «aprendizajes» recibidos a un congénere suyo, de manera análoga a como él mismo fue domesticado. Su incapacidad radical se fundamenta en la falta de participación libre y directa a que se ve sometido, por su privación natural de voluntariedad activa.

Suprimir la libérrima participación del educando en su proceso personalizador de desarrollo educativo, sería equivalente a una crianza o domesticación. Toda verdadera educación necesita como práctica habitual, desenvolverse en un clima de libertad participativa, para hacer posible un día el uso correcto de la libertad, frente a los avatares ofrecidos por la vida en el futuro.

Llamamos sistema «indoctrinador» a todo procedimiento obligatorio y de impositivismo, sin escape posible; su metodología es opuesta evidentemente a las maneras participativas que estamos preconizando y defendiendo.

3.7. Los métodos participativos son por sí mismos motivadores y estimuladores

Aunque debemos reconocer que la participación no es un fin educativo por sí mismo, sí es un medio precioso que goza de la ventaja de implicar en él al estudiante, con la consiguiente potencialidad motivadora y estimuladora.

Gracias a las técnicas participativas el discípulo toma parte activa y deli-

A. CASADO TARANCON

berada en su personal realización; por medio de la participación se logra despertar el interés del niño hasta extremos insospechados, se centra en sus actitudes más positivas, como facilitadoras de la consecución de los objetivos fundamentales de su educación como persona.

Tradicionalmente la enseñanza ha resultado, para el discente, de una pasividad manifiesta; apenas si la pedagogía tradicional disponía de medios idóneos para vencer la inercia enervante que envolvía al escolar en cuanto presentaba esfuerzos para los estudios y el aprendizaje. Con mayor razón todavía se experimentaba prácticamente la imposibilidad de base para lograr una educación organizada y consciente del educando. Al faltar la colaboración libre del alumno, imprescindible para los menesteres educativos, se hacía enormemente difícil el logro de su autorrealización deliberada.

No podemos olvidar que «educar» supone, para nosotros, la posibilidad de ofrecer al discípulo un sistema coherente de valores que:

1. El niño comienza aceptando y asumiendo en sus primeros años de escolaridad, puesto que no posee la capacidad de realizar otra función y, sin una jerarquía de valores como eje de referencia, no puede estructurarse una educación real y eficiente. Otro proceder daría lugar a la desintegración de la frágil personalidad del escolar por las contraposiciones constantes. De igual manera, aprendemos de niños el lenguaje que hablan nuestros progenitores, compartimos las vivencias religiosas que nos ofrecieron y crecimos en el ambiente sociocultural que nos envolvía, como la cosa más natural del mundo; después llegó un día la posibilidad de autorrevisión del legado recibido. El hombre se descubre a sí mismo viviendo en este mundo, como la realidad radical en la que está instalado.
2. Siendo adolescente se puede ir ya poco a poco confrontando la opción recibida con otras opiniones y alternativas distintas, que la vida y el mismo centro educativo van poniendo progresivamente en el camino (de un modo paulatino si se hace educativamente) según la capacidad crítica y la edad evolutiva de cada cual; al ritmo que el crecimiento educador lo va permitiendo.
3. En los albores de la juventud se dispone de la viabilidad suficiente para valorar, retocar e incluso transtocar con transformaciones personales la escala de valores recibida. Tras distintas reflexiones en busca de la identidad profunda, se siente el joven con arrestos para correr detrás de sus ideales plasmados a la luz de sus vivencias personales e ilusiones valorativas.
4. Finalmente en las últimas fases de su educación al ir frisando la madurez, desde el singular proyecto vital de cada uno, se estructura en una integridad total la propia jerarquía de valores, como opción libre e intransferible, elegida conscientemente de acuerdo con la personal cosmovisión de la realidad.

Solo de esta manera, a partir de la estructuración individual de los valores se constituye definitivamente la persona realizada en su identidad insustituible, se está preparado para una comprensión crítica de la realidad del entorno circundante y se es capaz de comprometerse para una colaboración con los de-

más grupos sociales, caminando tras la meta de un mundo mejor y más justo (10).

Si además la persona se define como creyente, siente aflorar en su interior el sentido de Dios y trata de encontrar una interpretación global y completa de su vida a la luz del Evangelio. El cristiano debe comportarse en sus manifestaciones externas como alguien que confiesa su fe y ofrece, a quienes le rodean, su testimonio personal y comunitario de la persona de Cristo. Viviendo la experiencia cristiana se realiza, con el comportamiento diario, una síntesis vital entre fe y cultura para encontrar la plenitud de sentido de la existencia, como hombre abierto a la dimensión trascendente y encarnado al mismo tiempo en la existencia humana. El creyente aprende a respetar profundamente a su prójimo y a amarlo por medio de la caridad, luchando por la justicia e igualdad entre los humanos.

El cristianismo comunica al sistema educativo su visión del niño como hijo de Dios, a quien hay que potenciar y estimular para que vayan encontrando desde su libertad inalienable su identidad, desde el ámbito creado a su alrededor por toda la comunidad educativa cristiana, que le sirve de punto de apoyo, para su descubrimiento personal de Dios como Padre.

La substancia del quehacer educativo se constituye en la relación interpersonal con las personas íntimamente ligadas al niño, en interrelación grupal con el conjunto total de la comunidad educativa y en especial con los compañeros de su clase.

El trato consciente y responsable que vive el escolar con sus padres, educadores, compañeros, personas significativas que le rodean, cultura, ambiente, **mass-media**, etc., son los factores estimuladores que van abriendo al adolescente en una triple dimensión: hacia su mundo interior individual, para construir su personalidad; hacia la sociedad de alrededor, con sus continuas transformaciones, y hacia la dimensión trascendente de su ser, en busca de la religación a lo divino. De aquí la capital importancia del influjo estimulador de las distintas facetas participativas y de las relaciones interpersonales, como animadoras del interés por el protagonismo del educando y por su desarrollo evolutivo.

De entre los muchos factores que cabría señalar como más característicos y facilitadores de este influjo reseñamos:

1. La **libre voluntariedad** que va poniendo el propio alumno en cada una de las situaciones de su aprendizaje educador y la escuela le brinda, a lo largo de los distintos períodos de escolaridad.
2. El **influjo** en la vida individual de cada educando, de las llamadas «**personas significativas**» (padres, parientes, educadores, personas que admira...) que han de dejar en su espíritu la fuerte impronta de su relación interpersonal.
3. La **encarnación** en su persona de unos valores jerarquizados, ofrecidos ya en los primeros años de la vida del niño por su propia familia y después organizados de un modo más sistemático, por toda la comunidad educativa del centro educador al que asiste como escolar.
4. Las **creencias religiosas**, que le insertan en el mundo de las vivencias

(10) LOPEZ MEDEL, J.: «Un diagnóstico sobre la enseñanza.» Madrid, 1978.

A. CASADO TARANCON

transcendentes, le dan un punto de apoyo para interpretar su existencia como globalidad y le garantizan una respuesta válida a los interrogantes profundos que se va cuestionando a lo largo de su vida y cuya solución no acaba de encontrar como definitiva en ninguna otra parte.

5. El **influjo ambiental del entorno** que le rodea y de la «**escuela paralela**» en la cual está inserto su vivir de cada día le sirve de raigambre del psicogrupo en el que discurre su actividad afectiva.
6. La **incidencia en su mente**, en cuanto se hace adolescente, de las **distintas ideologías** que pululan a su alrededor y que, al ser captadas desde su óptica individual, han de ser interpretadas desde criterios personales, en función de la situación coyuntural del momento y del ambiente cultural al que pertenece.
7. La **misma sociedad en general**, con su poderoso influjo de los **medios de comunicación social**, los usos y costumbres, las ideas y creencias en las que estamos insertos los hijos de cada época histórica. Influencia a la que es particularmente sensible el educando, al hallarse indefenso ante el poder manipulador de la sociedad de consumo, que le agobia (11).

Toda relación interpersonal posee de suyo una dinámica participativa y tiene potencialidad suficiente para despertar el interés del discente, rompiendo la pasividad tradicional y logrando el entusiasmo de su colaboración activa.

Para incluir en la tarea educadora la vitalidad personal del niño, debe implicarse en esta labor de un modo consciente, hasta convertirlo en su artífice principal. Al compás de su desarrollo irá aprendiendo a discernir, desde criterios propios, las opciones que habrá de tomar a lo largo de su vida. Es mediante el contraste con la escala de valores que el centro educativo le ofrece y las otras alternativas, que halla en su derredor el adolescente, como se puede elaborar la propia opción personal; por medio de los métodos participativos se va a hacer posible la estimulación y animación necesarias para el logro de estas finalidades.

3.8. La participación como exigencia de la comunidad educativa cristiana

Desde el punto de vista católico, imponer al adolescente (cuando ya es capaz de valorar por sí mismo) una aceptación meramente pasiva de la ideología del centro escolar en donde se educa, sería equivalente a manipular su desarrollo y a violar su libertad, que incluso el mismo Dios respeta hasta extremos inverosímiles. Mas por otra parte, dejar al alumno pequeño indefenso a su libre albedrío sería negarse a desempeñar la función humano-divina (encomendada al educador por sus padres y la misma sociedad) de cooperar con la verdad al crecimiento evolutivo del escolar, mediante el sistema integrador que llamamos educación.

Para el educador católico la **participación en el centro educativo es una exigencia fundamentalmente cristiana**, además de las otras razones que podemos aducir. Partiendo de la base del ser humano creado por Dios a su imagen y semejanza, se deduce la igualdad absoluta de todos los hombres en cuanto personas, cualquiera que sea su edad, sexo o condición. De aquí la necesidad

(11) BIASONI, F. y LUCINI, G.: «Scuola e società.» Massimo, Milano, 1977. «Análisis de la participación en el centro.» Comunidad educativa, núm. 85, 1979.

LA PARTICIPACION EN LA ESCUELA

de una corresponsabilidad distribuida a todos los estamentos de la comunidad educativa en la medida de las responsabilidades y roles a desempeñar. Educadores y educandos deben participar directamente y de un modo efectivo en la tarea educadora.

La transmisión del mensaje de la salvación sólo se hace posible, en condiciones óptimas, desde la creación de una comunidad educativa cristiana, dentro de la escuela. Si el niño encuentra en su centro educativo un clima impregnado por el espíritu evangélico de libertad y amor podrá encontrar una atmósfera adecuada, que le sirva de ámbito en donde vivir sus creencias religiosas. En la convivencia con los demás creyentes se hace viable el crecimiento y cultivo de las virtudes cristianas: fe, esperanza y caridad.

La comunidad educativa de la escuela cristiana se constituye de esta manera en **comunidad básica de relaciones entre personas que profesan la misma fe, cultivan los comportamientos cristianos y fomentan un clima en el cual los alumnos creyentes se sienten penetrados del espíritu del testimonio cristiano y la práctica de la virtud.** Desde esta tesitura debe quedar el adolescente en franquía de poder elegir libremente, desde sus personales convicciones, para tomar las decisiones y responsabilidades que su conciencia le dicte.

Es imprescindible la participación de todos para que la comunidad educativa cristiana consiga los objetivos que se programaron a nivel religioso, humanístico y científico, como un apoyo triásico en el que fundamentar la educación.

De acuerdo con el documento emanado de la Santa Sede sobre la educación en «la escuela cristiana», opinamos que **no puede darse, ni denominarse una escuela como católica, si previamente no se dan en ella las verdaderas condiciones de una escuela auténtica y actualizada a nivel humano** (12). Si la escuela ha de ser participativa por razón de los argumentos de índole social y pedagógica hasta aquí reseñados; con más razón, para conseguir una educación en la fe los medios participativos los consideramos imprescindibles.

Se podría impartir una «**instrucción religiosa**» en un centro, al margen más o menos, de la participación; bastaría entender ésta como una disciplina (clase de religión) que tiene como objetivo principal ampliar la cultura en conocimientos religiosos de los alumnos. Con mayores dificultades se lograría «**evangelizar**», entendiendo su función como una proclamación del anuncio de la Buena Nueva, por parte de los creyentes de un centro educador, desde las directrices de una pastoral escolar. Pero resulta totalmente imposible «**educar en la fe**», si no se realiza desde el sentido en plenitud, que se adquiere mediante la referencia e integración del alumno a una comunidad educativa cristiana.

Un centro católico no debe transmitir la cultura como un medio de poder y de dominio sobre los demás, sino como un medio de comunión, de comunicación y de escucha entre los hombres, los acontecimientos y las cosas. El saber no debe valorarse como un procedimiento para crearse una posición social, o como un medio para acumular riquezas, sino como un deber de servicio y de responsabilidad hacia los demás. La escuela cristiana es una exigencia personal de muchos católicos para transmitir juntamente con los conocimientos científicos y la formación humanística, la propia fe, en un régimen de libertad y en un clima de acogimiento.

(12) SEBASTIAN AGUILAR, F. y GONZALEZ DE CARDEDAL, O.: «Iglesia y enseñanza.» S. M., 1977.

A. CASADO TARANCON

Es verdad que la dimensión religiosa, no se puede expresar en el lenguaje de la ciencia, como si fuera algo demostrable **racionalmente**; si así ocurriera la fe dejaría de serlo, para convertirse en una parcela más del campo científico, con que enfocar la realidad del mundo o de la vida. Pero tampoco la fe puede catalogarse como algo **irracional**; si fuera de este modo, sería imposible la síntesis entre fe y cultura. Los dominios de la fe se extienden por las vivencias y convicciones del mundo **arracional**, eludiendo por igual los campos del razonamiento científico y del sentimentalismo visceral del irracionalismo.

El mundo sobrenatural no puede subsistir al margen de una naturaleza desarrollada y bien constituida; precisamente es lo natural de la existencia humana lo que debe servir de apoyo y fundamento. Ha de ser a través de los momentos y acontecimientos humanos, cómo la vida vaya planteando al creyente en crecimiento, las huellas y estigmas para descubrir su encuentro con Dios. En las situaciones de alegría, de dolor, de esperanza o de desilusión, de acción o de reflexión, de deseo o de contrariedad... (todas ellas posibles en las interrelaciones educativas) el niño debe ir descubriendo la presencia y llamada del Señor.

La escuela católica debe organizarse y constituirse de un modo que permita escuchar al alumno las vivencias sobrenaturales que afloran en su interior si de verdad desea oírlas. A los centros no católicos, el creyente puede pedirles que no dificulten su fe, si de verdad aceptamos el respeto sereno por cada una de las personas que en él se educan.

En el mensaje de Cristo los creyentes han de encontrar la llamada a la fraternidad, la justicia, la renuncia, la igualdad, la participación y el compromiso social que debe inspirar las tareas escolares.

La participación en la educación católica exigirá de los padres creyentes, primeros responsables y educadores de sus hijos, la corresponsabilidad de pedir una escuela que favorezca (o al menos no dificulte) la libre adhesión de sus hijos a un proyecto vital cristiano y personal. La participación educativa pedirá a los profesores el respeto a la intimidad y conciencia de sus alumnos y, si son creyentes, la orientación de sus enseñanzas a la luz de un proyecto educativo cristiano, en el respeto, por igual y por supuesto, a quienes en el centro no son creyentes.

Si toda la comunidad educativa participa de una misma fe, el proyecto educativo cristiano exigirá la necesidad de unos estamentos educadores participativos, para llegar a acuerdos fundamentales que impregnen de vivencias cristianas la concepción del centro escolar definido como católico. Los padres que eligen un centro de estas características, deben saber con exactitud las líneas educativas por las que va a regirse la concepción de la vida a impartir en esa escuela en concreto, mediante su ideario explícito y público.

Mediante la participación de quienes integran la comunidad educativa escolar, cada uno según sus roles y posibilidades, se determinan los objetivos que deben perseguir y guiar los medios a poner en práctica. La participación es uno de los medios más valiosos para lograr una comunidad educativa escolar a la vez plenamente humana y cristiana. Si tenemos el coraje de profundizar en los aspectos participativos a nivel humano, descubriremos las opciones por donde debe caminar la educación de la fe en concurrencia abierta y continua con los valores humanos y científicos.

Las escuelas católicas no deben ser un «ghetto» aparte de lo humano, sino

LA PARTICIPACION EN LA ESCUELA

una culminación de los valores y objetivos propios de la escuela actual y hasta un acicate espiritual para lograrlos en plenitud.

Las escuelas cristianas han de convertirse en lugar de encuentro participativo de aquellos que quieren juntamente educar en lo humano y testimoniar a la vez los valores educativos cristianos, como transmisión de unas experiencias de vida.

4. HACIA LA CREACION DE UNA COMUNIDAD EDUCATIVA EFECTIVA

Toda esta múltiple perspectiva nos fuerza con insistencia a hacer mucho más comprometida y participativa la difícil misión de educar, cambiando el estilo tradicional, normalmente más directivo, por otro en donde la colaboración de todos los estamentos de la comunidad educativa escolar sea una realidad; para ello se requiere trazar unas nuevas loxodrómicas a partir de meridianos educativos y arcos de paralelo metodológicos bastante diferentes a los de antaño.

Para llevar a feliz término nuestra tarea de educar, con la altísima misión y responsabilidad que comporta, necesitan los educadores, padres de familia y alumnos compenetrarse en una voluntad decidida, desarrollada y dinámica. Un centro escolar actualizado únicamente puede funcionar en condiciones de eficacia y puesta al día, si en las circunstancias ambientales del momento y contando con los recursos y posibilidades de que se dispone se busca por todos los medios conseguir esta triple finalidad:

1. Precisión y claridad en los objetivos a conseguir.
2. Participación de todos los estamentos y personas que componen la comunidad educativa del centro educador.
3. Cumplir su cometido desde ya, sin dejar de realizar su cometido integrador en ningún momento o con absentismo y desmayo por alguna de las partes.

Una comunidad educativa ideal es el resultado de una coordinación integradora de todas las personas y grupos implicados en la tarea de educar. Ha de ser la urgencia y necesidad del acto educativo en profundidad el que haga brotar como venero permanente la participación; debe ser la problemática educadora por la que atraviesan nuestros centros educativos la que exija la creación de la comunidad educativa, si aún no está constituida de hecho y de derecho. Suponer una participación impuesta por decreto o como algo ya dado es desconocer su realidad y la del acto educativo.